

ABREVIEMOS

Las revistas y *magazines* más populares han establecido la costumbre, cuando cualquier novela ó narración publicada continúa en varios números, de resumir lo más sucintamente posible lo referido en números anteriores. De este modo el lector siempre llega á tiempo, y de este modo también el lector impaciente, ó con poco tiempo disponible que consagrar á la amena literatura, cae bien pronto en la cuenta de que basta con leer el resumen para enterarse de la novela más interesante, y que aun el resumen, con contener sólo la substancia, suele ser poco substancioso, y aún quedaría mejor reducido á la substancia de la substancia, si es que algo quedaba sometido á tantas eliminaciones.

¡Vanidad de la literatura cuando es sólo literatura! ¿Á qué se verá reducida la más primorosa narración, si de ella suprimimos des-

cripciones de lugares y personas, análisis de caracteres, temperamentos y estados de alma, páginas de preparación, relleno, etc.

¿Pero qué tendríamos que decir los escritores, si sólo dijéramos lo que nadie ha dicho antes ó nadie ha dicho mejor?

Nos sucede á los escritores con el público lo mismo que al que llega á pedirnos una recomendación ó un duro cuando ya hemos gastado nuestra influencia y hemos dado nuestros duros: siempre cree que llega el primero á solicitar nuestra atención.

¡La atención del público! Lo maravilloso es que todavía nos preste alguna. Por eso no debemos abusar de ella, y aunque padezca nuestra vanidad, imitemos á las revistas populares: substancia, substancia, y resumen, resumen.

Ya lo dijo un preceptista: La mitad es mejor que todo; y ya dijo también Voltaire: «L'art de tout dire c'est l'art d'être ennuyeux».

Leemos que, en París, los más notables autores dramáticos se disponen á componer obras cinematográficas. ¡Adiós frases ingeniosas, pensamientos brillantes, ocurrencias felices! ¡Adiós caracteres complejos, análisis minuciosos, justificaciones y triquiñuelas del arte! Todo será acción, movimiento y vida; todo será rapidez, claridad y fuerza.

Al ilustre D. Federico Balart, que dejó sin escribir lo mejor de sus críticas—¡oh, manes de D. Manuel Tamayo, nunca le estaréis bastante agradecidos!—le oí decir muchas veces que toda obra dramática que no pudiera ser comprendida por un ciego, era una obra mala.

Los tiempos cambian, y con este arte nuevo dramático de cinematógrafo, serán los sordos los aventajados.

En favor ó en perjuicio de la producción más ó menos literaria, lo cierto es que la concisión se impone y que ha de hablar poco el que quiera ser escuchado mucho tiempo; que esos extractos de novela publicados por las revistas, deben ser una lección del arte de escribir novelas para tantos novelistas profusos, difusos y confusos; que el cinematógrafo es también una excelente escuela de arte dramático, y el telégrafo y el teléfono de literatura periodística.

Y si bien el arte es largo y la vida breve, ya que no podamos prolongar la vida, bueno será acomodar el arte á la brevedad de la vida. ¡Abreviemos, abreviemos!

P A T R I A

Por grandes que sean sus protestas de patriotismo, nunca pude creer en el amor á la patria de los que todo lo encuentran malo en ella. ¿Qué puede amarse donde nada es amable? ¿Un nombre? No es más bello que otros el nombre de España. ¿Su tierra y su cielo? Son tan varios en ella; de Norte á Sur y de Oriente á Occidente, son en ella montañas como en la región más montañosa del mundo; son verdes praderas, y son mares bravíos, y son ríos mansos, y áridas llanuras sin fin como desiertos, y pedregales, y vergeles siempre floridos, y son todos los árboles, y todos los frutos y todas las flores, y esta diversidad hace que en cualquier otra parte del mundo—fuera de sus polos y de su centro inhabitables—puede hallar cada uno, según sus preferencias, una parte de cielo como otra parte del cielo de España, un pedazo de tierra

como otro pedazo de su tierra; si es un pedazo de su tierra y una parte de su cielo todo lo que en ella amamos. ¿Es algo más? ¿Sus monumentos, en que tantas razas dejaron un trozo de su historia? Razón para que cada uno por el monumento admirado vuelva el corazón hacia la raza que dejó en él su huella. ¿Es su historia gloriosa? ¡Bah! Todos los pueblos tienen una historia gloriosa y bella. ¿Dónde faltan desiguales batallas, países conquistados, reyes vencidos, héroes casi fabulosos y santos peleadores que deciden victorias? ¿Es su poesía, y su música y sus cantares? De todo arte es nuestro corazón el instrumento de cuerdas sensibles: ¿y en qué parte del mundo no habrá un arco y una mano de artista para hacerlas vibrar? ¿Es la tierra que cubre á los muertos que fueron nuestros ascendientes, la que entre sus huesos, que son nuestros huesos, y entre sus cenizas, que son nuestra carne, trama con raíces sutiles nuestras plantas al pasar sobre la misma tierra, por la que ellos pasaron y hoy los sepulta y mañana ha de sepultarnos? No, los muertos no pueden decidir de nuestra vida, no podemos ser flores de sepulturas nutridas con jugo de muertos; no es la muerte la que nos llama; es la vida de los que han de nacer la que habla en nosotros con palabras de amor; son nuestros hi-

jos; es la humanidad futura, que tampoco puede hablarnos de patria, porque si algo soñamos por ella es más que una patria, más que una nación, más que un mundo, un universo de armonía perfecta.

Ninguno de estos sentimientos, por separado, ni todos ellos, reunidos, bastan á explicar el amor á la patria, que es algo más que un pedazo de tierra bajo un pedazo de cielo; que es algo más que una historia de muertos y algo más que una multitud de hombres y mujeres, buenos ó malos, inteligentes ó necios, como en todas partes del mundo podemos hallarlos para nuestro amor ó nuestro odio ó nuestra indiferencia.

Todo esto mejor puede explicar el amor reducido y limitado al lugar en donde nacimos ó donde nos criamos, ó el amor religión, místico panteísmo, como en San Francisco de Asís, por cuanto existe.

Y es que estos dos amores, el que es todo raíces y el que es todo alas, no son, en efecto, sino un mismo egoísmo y una misma rebeldía; el que no quiere elevarse sobre su pedazo de tierra, como el que no quiere descender de espirituales alturas, por igual se rebelan contra la patria, y se rebelan, no porque ella sea de esta ó de la otra manera, no por su tierra, ni por su cielo, ni por su historia, ni por el

valor moral de sus hombres; se rebelan porque es ley, porque es fuerza, porque es el Estado nacional constituido, y en el fondo de todo antipatriotismo no hay que buscar otra causa que una indisciplina contra la ley, indisciplina que quiere justificarse con ideales de perfección.

Pero si ese ideal fuera sincero ¿para qué fundarle en el odio y el insulto y el desprecio? ¿Para qué hacer de él un monopolio? ¿Para qué oponerle á la patria total, indivisible, si dentro de ella existe también con mayor fuerza? ¿Para qué alzarle contra la ley, si en ella hay medios para conseguir su ideal por verdadera solidaridad de todos? No esa solidaridad de cómplices y conjurados, que sólo recuerda esas cavernas en que se halló, algunas veces, al practicar excavaciones, esqueletos de los animales más opuestos y enemigos: tigres y gacelas, leones y corderos, buitres y palomas. Supónese, con razón, que sólo el terror ante algún cataclismo geológico pudo juntarlos, haciéndolos olvidar tal otro peligro al buscar refugio. Esas juntas de caverna sólo pueden ser señal de cataclismos, y de ellas sólo resta, á la postre, un montón de esqueletos revueltos. Hacia la vida, hacia el bien se camina á la luz, con una canción de amor en los labios, pero con la bandera de la patria

por enseña, que al llegar á la tierra prometida será el símbolo de nuestros ideales, clavada su asta en tierra para arraigar muy hondo en este suelo nuestro, mientras sus colores flamean hacia el cielo de todos, y del mismo modo que en la bandera, amor á la región y amor á la Humanidad, tienen su símbolo más alto en el amor á la patria.

EMIGRANTES

España se desangra, España se despuebla; es una huida alocada como de ejército derrotado en dispersión, que al huir consume su derrota y su ruina. ¿Y en nombre de qué hemos de detenerlos? ¿Qué ley puede obligar á morir de hambre? Toda tierra es tierra de promisión al que nada tiene en la suya. El que huye no elige camino. ¡Oh, la derrota de los optimistas que aún juzgan á la Naturaleza madre amorosa, cuyo regazo tiene calor para todos sus hijos!

Como el rey Lear gritaba en su locura de padre: «Sed prolíficos; desátate, lujuria; necesito soldados!», así puede clamar España: ¡Vengan hijos! Yo os daré emigrantes para llevar á tierras remotas no grandezas de epopeya como en otros tiempos, sino desolación y miseria y muerte.»

Nada más triste que uno de esos barcos aba-

rrotados de emigrantes, mercancía barata, por la que nadie ha de exigir indemnización ni ha de pagarse seguro, suceda lo que suceda. Y si el barco no es de los destinados sólo á ese transporte, si el pasaje de lujo con todas las comodidades y lujos de los grandes barcos modernos, se ofrece como contraste, ¿dónde hallar más cruel desigualdad y cómo explicarse el abatimiento resignado que permite terminar la travesía sin una sangrienta rebelión? ¿Es que esas gentes no se han contado?, pensaba yo muchas veces en el barco, asomado á la baranda que nos separaba, como barrera más infranqueable para ellos que todas las barreras sociales. Y de abajo llegaba el olor penetrante del cloruro y del ácido fénico, provisiones higiénicas que no eran un cuidado para ellos, sino una consideración para nosotros.

Las señoras se asomaban también alguna vez al pasear por el puente, después de la comida opípara, con sus trajes blancos de «soirée», miraban un instante y solían decir: ¡Pobre gente! Y pasaban y reían, reían. ¿Cómo podían reír? ¿Es que nadie ve, es que nadie piensa? ¿Es que vivimos de eso, de no querer ver, de no querer pensar?

Otros más «nietzsheanos», sin detenerse á mirar, decían: ¡Cuánta suciedad! Es lo mo-

lesto de estos barcos. Sí, es lo molesto, lo mismo en aquel pequeño mundo que en este mundo grande.

¿Pero qué les molestaba? El viaje no era más triste por eso; todas las noches eran bailes y fiestas, que los de abajo agradecían, porque, al fin, había llegado hasta ellos la música, y en vez de maldecirla bailaban á sus sones, y entonces es cuando los de arriba se asomaban más tiempo, confiados, como se acerca uno á una jaula de fieras recién alimentadas, y las señoras de los trajes blancos de baile, decían: ¡Cómo se divierten ellos también! Y como el decirlo parecía tranquilizar su conciencia, comprendí que pudieran dormir tranquilas. ¿Por qué no? Los de abajo también dormían, sin un pensamiento de rencor ni de odio. Acaso soñaban en volver pronto, ricos á su vez, volver allá, en uno de aquellos camarotes de lujo apenas entrevistos, disfrutar de aquel comedor y de aquellos salones brillantemente iluminados; y acaso eran más felices los que para alegrar el viaje se animaban con la esperanza, que los que sólo conseguían distraerle refugiándose en la indiferencia.

LA OPINIÓN PÚBLICA

Se cuenta de un crítico inglés que antes de publicar un completo estudio sobre la persona y las obras del conde Tolstoi, emprendió un viaje á Rusia deseoso de avistarse con el célebre apóstol; y presentándose en la residencia campestre del conde cuando éste se hallaba de visita pastoral ó predicación evangélica por los contornos, fué recibido con el mayor agrado por la condesa, á la que anunció el objeto de su visita.

—Mi deseo no es otro que conocer á fondo el pensamiento de vuestro marido.

—¿El pensamiento de mi marido?—replicó la condesa con amable y resignada sonrisa.

—Pues ya es trabajo, porque cada día piensa de un modo.

Trabajo parecido tendrá quien se preocupe por conocer ese pensar y sentir colectivo que ha dado en llamarse opinión pública, y es,

por lo menos, tan mudable como el pensamiento del ilustre conde, en opinión de su señora la condesa.

Se dice que los gobernantes, por regla general, viven divorciados de la opinión. No diré yo que mucha culpa de este divorcio no sea de los gobernantes; pero hay que convenir en que la señora opinión también tiene muchas teclas que tocar, y el gobernante de buena fe que se dedique á pulsarla á cada paso para ver de satisfacerla, la errará casi siempre.

Además, la opinión goza tanto con quejarse, que es mejor regla de buen gobierno ir entreteniéndola en sus dolencias que procurarla remedio. Todos los días tenemos ejemplos de ello.

¡Cuánto no nos habremos quejado de las molestias que la aglomeración y vocerío de los vendedores ambulantes causan á todas horas por esas calles! Pero se trata de poner remedio, y ya tenemos á la señora opinión de parte de los vendedores con las más sentimentales razones:

—¡Pobre gente! ¡De algún modo ha de ganarse la vida! ¡Es una crueldad! ¡Hay que dejar que viva todo el mundo!

Y he aquí cómo la autoridad, que creyó satisfacer una justa demanda de la opinión, halla en ella la mayor resistencia.

No hablemos de la mendicidad, contra la que tanto clama esa opinión; y apenas se inicia una recogida de mendigos, los agentes encargados de ella se ven tan expuestos á las iras populares como los laceros perrunos en su no menos comprometida misión.

No hay que olvidar el trágico suceso á que dió ocasión la recogida de golfos. La opinión entonces, más que indignada, quedó sobreco-gida; comprendió que en gran parte era suya la responsabilidad.

Contra la mala calidad y correspondiente elaboración de los infectos pitillos, ¡cuánto no se habrá manifestado la opinión de los fumadores! Pero háblese de sustituir con máquinas apropiadas al caso la sucia elaboración de nuestras fábricas, y toda la lira del sentimiento clamará en nombre de las interesantes operarias, y no faltará el poema que ensalce la poética figura de la cigarrera y que nos pinte el hogar amenazado por la miseria... y el que quiera fumar cigarrillos limpios y bien elaborados, que los fume egipcios ó turcos, aunque les falte esa delicada poesía que comunica á los nuestros los dedos mágicos de esas hadas, vulgarmente llamadas cigarreras.

Ved un tranvía, con las plataformas ocupadas por el número de viajeros reglamentario. La opinión así lo ha exigido; las apreturas

eran tan propicias á raterías... Pero una familia numerosa pretende subir; el cobrador protesta; un guardia se opone, y los propios ocupantes de las plataformas son los primeros en hacer causa con el refuerzo que llega á molestarles.

—¡Suban ustedes! ¡No hagan ustedes caso! ¡Vaya, cobrador, por una vez! ¿No ve usted que vienen señoras y traen niños? ¡Vamos, guardia!...—¿Y qué han de hacer esos humildes representantes de la autoridad, si el propio gobernador de la provincia y el mismísimo director de la Compañía se dejarían convencer?

Así, no es de extrañar que el gobernante, alto ó bajo, que es perro viejo, y de antiguo tiene bien pulsada y hasta compulsada la opinión, limite sus funciones al clásico y amable «dejad hacer; dejar pasar», que es el modo más seguro de no indisponerse con la opinión. ¡La opinión, que tiene nombre de mujer y por algo se llama pública!

PATARATA

La cabeza más visible, por más parlante, de la Solidaridad, afirma que la libertad sin dinero es una patarata. Esta universal verdad es la que ha obligado á la Iglesia de Cristo á enmendarle los Evangelios á su fundador, y la que obligó, sin duda, á Judas á venderle por treinta dineros, aunque tan poco le aprovechara, por excesiva delicadeza de conciencia, que después no ha obtenido imitadores en otros muchos Judas de muchos Cristos.

Buena cosa es el dinero. ¿Quién lo duda? Con dinero, tal arrogante defensor de las libertades tal vez no sintiera desmayar su arrogancia á cada paso y no transigiera tan fácilmente con el enemigo á cambio de favores y atenciones recibidos, que si no son dinero contante y sonante, son cosas que lo valen como suele decirse.

Con dinero, tal escritor acaso no se viera